

- **Leo Spitzer: Presentación de “Cómo he conseguido mi recopilación de Rondallas mallorquinas”, de Mn. Antoni M. Alcover**

Antoni M. Alcover Sureda (Manacor, 1862 – Palma, 1932), fue ordenador presbítero en 1885. Trabajador incansable en los campos de la lingüística y la literatura popular, recopiló y publicó *l'Aplec de Rondaies mallorquines* (desde 1896) y comenzó la publicación del *Diccionari Català-Valencià-Balear*, concluido por su discípulo Francesc de Borja Moll.

Leo Spitzer, profesor de Filología Románica en la Universidad de Colonia, hizo la presentación del artículo de Mn. Antoni M. Alcover titulado “*Com he fet mon Aplec de Rondaies mallorquines*”, publicado en la revista *Zeitschrift fur romanische Philologie*, en el año 1930.

En el luminoso mediodía de la fiesta de Pascua de 1929, después de que en la Catedral de Palma de Mallorca, (con sus agudas flechas sobre el mar) asistí al Oficio del vicario General Antoni M. Alcover como suplente del obispo difunto, subí a la caseta del sabio presbítero, situada detrás de la iglesia, y entré en la modesta mansión donde Alcover, donde desde sus libros puede contemplar el mar azul, y donde tiene su famosa cajonera, que se usa para el Diccionario *català-valencià-balear*, que está al lado del sencillo dormitorio lleno de Madres de Dios; donde está un leal colaborador de Alcover: Francesc de B. Moll (un joven que desde los 16 años, desistiendo de acabar sus estudios oficiales, puso al servicio del Diccionario catalán su formación filológica verdaderamente autodidáctica y su fabulosa laboriosidad); y por último el fiel criado del presbítero, que al mismo tiempo es también administrador de las Rondallas e impresor del Diccionario, unen sus fuerzas con las de su canoso señor.

En las horas que pasé en casa de Alcover, pude ver claramente con qué gran y singular idealismo, por sí mismo acreditado, tres hombres de tan diferente edad, estado y carácter, trabajan juntos por una causa nacional que ni siquiera tiene garantía de éxito, sino que se lleva adelante a pesar de un íntimo sentimiento pesimista, y que no tiene, como nuestras empresas de Alemania, el sustento del Estado, ni de una fuerte tradición científica, ni del interés de un público de sabios, ni de la fuerza moral de una Universidad, ni de una organización que asegure la parte económica. Sentí lo emocionante que es esta ciencia realizada en una vida patriarcal de comunidad, bajo la señal de la cruz, en una isla, lejos de la Europa del gran movimiento. Sentí toda la poesía de esta reunión de ciencia popular, de arte popular y de religión popular.